

MARÍA EN EL CORAZÓN DE LA PALABRA CREADORA

(Artículo publicado en “Maria nel cuore della Parola di Dio”, *Atti del 29° Convegno “Fine d’Anno con María”*, a cura di E. Toniolo, Roma 2009, pp. 199-209)

Si la relación de María con la palabra del Señor fue tan profunda y significativa como para dejar huella en todas las dimensiones de su persona y orientar cada una de sus opciones, esto se debió al modo como ella la experimentó. María, en efecto, acogió la palabra no como un código de normas al que someterse, sino como un encuentro con la propuesta que Dios le brindaba de abrirse a su amor (cfr Lc 1,26-38). Dios comunica su palabra mediante gestos de vida, y quien la acoge entra a formar parte del diseño de la creación, colaborando en su realización y cumplimiento.

El episodio de Lc 1,26-38, donde María ha de confrontarse por primera vez con la palabra del Señor, presenta una situación del todo insólita para la mentalidad religiosa de aquella época. A diferencia del otro personaje femenino con el que se abre el texto lucano, Isabel, a la que el evangelista presenta como «*descendiente de Aarón*», «*mujer de un sacerdote de la clase de Abías*», «*irreprensible en todos los mandamientos y enseñanzas del Señor*» (cfr. Lc 1,5-6), no se nos dice nada acerca del origen de María o de sus observancias, tan solo que es la prometida esposa de un tal José de estirpe davídica (cfr. Lc 1,27), y que habita en un pueblo de la infame Galilea. Sin necesidad de especificar nada más en torno a su persona, María es interpelada por el ángel con la propuesta de convertirse en madre del Salvador.

Antes de este encuentro, Isabel y Zacarías ya habían sido introducidos en el relato con todas sus credenciales, a fin de conferir un tono solemne a lo que va a suceder. Pero el evangelista deja deslizar una sombra inquietante sobre esta pía pareja: ellos no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos eran de edad avanzada (cf. Lc 1,7). A tanto fervor no correspondía en la relación de pareja entre Zacarías e Isabel nada que tuviera que ver con la vida. El apego a la observancia religiosa les hacía estériles y Zacarías, incapaz de creer en la intervención del Señor (cf. Lc 1,20), quedará mudo durante nueve meses, o sea el tiempo de la gestación del niño en el vientre de su esposa (cfr. Lc 1,62), pero asimismo el tiempo de su regeneración como verdadero creyente: al sacerdote que practica un culto incapaz de producir la comunión con el Señor le habrá de suceder el profeta que dirige a Dios su bendición (cfr. Lc 1,64). El hijo que

Isabel da a luz, tal como el ángel del Señor había anunciado a Zacarías (cf. Lc 1,13), no será fruto de su vinculación a la Ley, sino del amor gratuito de Dios (cfr. Lc 1,24), como recuerda el mismo nombre que el crío recibirá al nacer: Juan, «don de Dios» (cfr. Lc 1,61.63).

En Nazaret de Galilea, en el ámbito doméstico de una humilde morada y sin alusión alguna a rituales, espacios o tiempos sagrados, la propuesta del Señor hallará, por el contrario, una plena acogida. El modo inaudito con que el evangelista presenta el encuentro de María con el ángel resulta ser para ella una ocasión propicia para expresar su consenso a una propuesta mediante la cual la obra de la creación alcanzará su culminación. Convertirse en madre del «Hijo del Altísimo» significa colaborar en un proceso en el que la historia humana entra en su última etapa, y en el que las dinámicas humanas cambian de forma radical: con el nacimiento de Jesús, será posible establecer una nueva relación con Dios y, en consecuencia, con los demás. Con su acogida plena de las palabras del ángel, María se coloca en el centro de esa palabra creadora, desde el momento que el mismo Dios, que ha querido crear al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza (cfr. Gen 1,27), se dirige ahora a ella con el propósito de manifestarse en la carne y adquirir un rostro humano. Para María, el encuentro con la palabra del Señor tuvo lugar mediante la experiencia personal de su amor, y cuando tendrá que dar testimonio de la realización de lo que contenía esa palabra (cfr. Lc 1,31-35), lo hará poniéndose al lado del hombre colgado en el patíbulo e indicará que es él la única palabra que salva, porque comunica vida en abundancia.

****La cruz: cumplimiento de la palabra***

A este respecto es el evangelista Juan quien ofrece un cuadro anómalo para explicar el cumplimiento del designio creador del Padre. En un marco de odio y violencia, fomentados por los mismos representantes de la institución religiosa, Jesús, hallándose en un ámbito apartado de toda sacralidad, como es el lugar de ejecución de los peores criminales, y en el que se infringen todas las normas de pureza (derramamiento de sangre, presencia de mujeres y paganos), llevará a la máxima expresión su capacidad de amar, y diciendo «se ha cumplido» (Jn 19,30), mostrará de qué modo se realiza aquello que Dios había querido comunicar a los hombres desde siempre. En el patíbulo aparece la nueva Escritura que habrá de iluminar a la humanidad entera.

En el relato de la Pasión según Juan, llama la atención el uso que hace el autor del verbo «escribir» (griego “*graphein*”), en relación a la inscripción (en griego *titlon* / en latín *titulus*) compuesta por Pilato para ser

fijada a la cruz: hasta seis veces utiliza dicho verbo en modalidades diferentes¹:

19,19: escribió (gr. *egrapsen*)

19,19: estaba escrito (gr. *en de gegrammenon*)

19,20: había escrito (gr. *en gegrammenon*)

19,21: no escribas (gr. *me graphe*)

19,22: lo escrito, escrito está (gr. *o gegrapha, gegrapha*)

La inscripción fijada a la cruz, escrita en hebreo, latín y griego, era de por sí un tanto concisa, pero bastaba para indicar el valor de tal escritura, cuyo mensaje se refería a un hombre, Jesús el Nazareno, y a su carácter soberano, el ser rey de los Judíos. El hecho de que muchos judíos leyeran (griego **anegnosan**) aquella inscripción (cfr. Gv 19,20), provoca la reacción contrariada de las autoridades religiosas, que intervienen para que sea modificado el texto; siendo los defensores de la ortodoxia, los jefes del pueblo desean dar la interpretación correcta sobre el motivo de la condena a muerte de Jesús, sin darse cuenta de que precisamente la muerte infamante que le han deparado será para Cristo ocasión propicia para manifestar su señoría. La realeza de Jesús, caracterizada por el don total de sí mismo, y no comparable a ninguna otra de este mundo, posee en sí la fuerza de constituir la comunidad del Reino, donde la única potestad reconocida es la del amor incondicionado y gratuito que se expresa a través del servicio (cfr. Jn 13,12-17).

El texto de Juan 19,17-22 es fundamental para comprender el valor de la Escritura en la vida de la comunidad; aquello que Dios ha querido comunicar a los hombres desde el inicio de su historia puede ser comprendido solo a la luz de esa inscripción clavada en el patíbulo y que identifica a Jesús de Nazaret como el rey, el modelo de la humanidad, aquél en quien se manifiesta el esplendor de la condición divina. La «Escritura» de la cruz podía ser leída por todos los transeúntes, dado que el lugar de la ejecución estaba fuera de las murallas de la ciudad, en un sitio periférico no vinculado a un espacio sagrado, y, en consecuencia, no sujeto a doctrinas religiosas ni a normas particulares de comportamiento. Pero no era suficiente esa accesibilidad del texto, visible a todos y escrito en tres idiomas, era menester asimismo explicar cómo aquella palabra era leída y escuchada en la comunidad de los creyentes para poder dar testimonio de ella con su vida. He aquí que en el lugar de la crucifixión, donde la Palabra hecha carne ha sido alzada, aparece reunida y compacta la comunidad de Jesús, como testimonio del cumplimiento del proyecto creador.

¹ Cfr. Jn 19,19.20.21.22

Junto al patíbulo se encuentra la madre y el discípulo amado, figuras del pueblo de la alianza nueva y definitiva, que señalan al crucificado como única Escritura capaz de comunicar vida y salvación. Dirigiendo su mirada sobre aquél que había sido traspasado, María no solo lee en esa carne la nueva Escritura, sino que, escuchando la voz de Cristo, se identifica con todo aquello que ha sido proclamado desde la cruz. La última palabra pronunciada por Jesús en el patíbulo hace referencia al inicio de una nueva humanidad, cumplimiento del designio de Dios:

Jn 19,30: “*Todo se ha cumplido...*” (griego *tetelestai*)

expresión que enlaza con las palabras pronunciadas por Dios al término de la obra de la creación:

Gen 2,1: “*De este modo fue completada la obra del cielo y de la tierra*” (griego *synetelethesan*);

Gen 2,2: “*Entonces Dios llevó a cumplimiento sus obras en el séptimo día*” (griego *synetelesen*)

Las palabras del relato de la creación son palabras proféticas y no realidades ya cumplidas. El designio creador del Padre se realiza en la persona de Jesús; todo aquello que Dios ha preparado para la humanidad y que, según el libro del Génesis, Él ya contempla², hallará su completa realización en la cruz del Hijo.

Clavado en la cruz, el Hijo del Hombre manifiesta su gloria, su amor llevado hasta el extremo, culminando así la obra del Padre. Jesús fue consecuente hasta el final, manifestando la misma cualidad de amor del Padre, un amor generoso y gratuito que da sin esperar nada a cambio, y que responde al odio superándolo, redimiendo toda forma del mal. En el momento de su agonía, la presencia de Dios resplandece como nunca en Jesús, anulando la muerte y comunicando la vida definitiva. Y de este cumplimiento son testigos tanto la madre como el discípulo amado.

En Jesús alcanza su plenitud la realización del proyecto creador del Padre: que el hombre llegue a ser hijo de Dios (cfr. Jn 1,12). Aquello que para los Judíos era considerado una blasfemia (cfr. Mt 26,65), expresaba, en cambio, el designio divino de salvación. Haciéndose igual a Dios (cfr. Jn 5,18), Jesús confirma tal designio, la obra creadora alcanza su cénit y abre

² Hasta siete veces el autor sagrado escribe: «Vio Dios que era bueno» (cfr. Gen 1,4.10.12.18.21. 25.31)

las puertas al mundo renovado; esto explica por qué en el relato de la resurrección, el evangelista comienza con la indicación «el primer día de la semana» (Jn 20,1, cfr Mt 28,1; Mc 16,2; Lc 24,1). El Resucitado es inicio de la nueva creación; la etapa última de la historia humana se inaugura inmediatamente después de la muerte de Jesús en la cruz.

Contemplando al hombre clavado en el patíbulo, el Hijo de Dios, la comunidad de los creyentes que se ha constituido en el Gólgota, es testigo del cumplimiento que ha tenido lugar. Demostrando su plena adhesión al Señor en el momento del máximo abandono, María, la discípula fiel, se mantiene firme en el centro de la Palabra. Ella entra en el corazón de la palabra creadora cuando reconoce en su Hijo al modelo de la humanidad, el esplendor de la gloria divina. Desde este mismo instante la comunidad, con María en el centro de la misma (cfr. Hch 1,14), no reconoce otra Escritura que no sea aquella que ha sido revelada en la carne de Jesús, el crucificado. Aquello que Dios había querido comunicar a los hombres encuentra su explicación en la cruz del Hijo, y el cumplimiento de las antiguas promesas anunciadas por los profetas va más allá de cuanto ellos hubieran podido creer o imaginar.

Con su presencia solidaria al lado del Maestro, María muestra a los discípulos la forma adecuada de relacionarse con la palabra del Señor. Ahora, en el patíbulo, aparece evidente que dicha palabra se refiere no a una doctrina que aprender o memorizar, y ni tan siquiera a un conjunto de normas o preceptos a observar, sino antes bien, al amor incondicionado del Padre, como un ofrecimiento de vida a acoger y encarnar en la existencia de cada creyente. La nueva alianza establecida sobre el Gólgota no sitúa al hombre por debajo de Dios, como súbdito que deba someterse a sus decretos para obtener sus bendiciones; lo coloca, más bien, en una relación de plena comunión, de intimidad profunda, como sucedió con María.

Las palabras de la madre de Jesús en el episodio de Caná: «*haced lo que os diga*» (Jn 2, 5) recuerdan la profesión de fe del pueblo de Israel en el monte Sinaí, cuando le fue presentada la Ley: «*haremos todo lo que el Señor ha dicho...*» (Ex 19,8; 24,3.7), y anticipan la respuesta de la comunidad de los creyentes cuando acogen la nueva relación con Dios establecida por Cristo. Los creyentes no se dejan guiar por doctrinas, siguen al Hombre-Dios para adoptar sus mismas tomas de posición; el hablar de Dios, revelado en la cruz de Jesús, no se traduce en palabras, sino que representa un modo de actuar que comunica su misma fuerza vital.

Inspirándose en María, los creyentes aprenden a leer las Escrituras fijando su mirada en Jesús, el Hijo del Hombre, y orientando la propia

existencia conforme al modelo de humanidad que él propone. El profeta Zacarías había anunciado ya dicha fijación de la mirada con unas palabras, «*mirarán al que ha sido traspasado*» (Zac 12,10), que el evangelista Juan cita como conclusión del relato de la pasión (Jn 19,37), a fin de confirmar la realización de las mismas en la persona de Jesús; también se refiere a ellas el autor del Apocalipsis, a modo de alusión, en el comienzo de su obra («*todos lo verán, incluso aquellos que lo traspasaron*», Ap 1,7). Ambos autores concuerdan en decir que la expresión más alta de la Palabra de Dios no es aquella que está escrita en un libro, sino la que se manifiesta en la carne del hombre que entrega la vida por amor.

****En el centro de la Palabra: la nueva humanidad***

El autor del Apocalipsis es quien mejor explica con su obra el modo como la comunidad de los creyentes habrá de relacionarse con las Escrituras, de modo que también la asamblea de los fieles, al igual que María, pueda entrar en el corazón de la palabra creadora, de tal suerte que su contenido pueda encarnarse asimismo en los fieles.

El Libro del Apocalipsis puede ser considerado como la coronación del largo proceso hermenéutico de la palabra de Dios, es decir, cómo la misma ha sido recibida y llevada a la práctica en la historia del pueblo de Israel. Las Escrituras son releídas a la luz del Resucitado, para mostrar cómo su mensaje había de preparar al pueblo para acoger la novedad de la palabra de Cristo. El designio creador del Padre, que de tantas formas había sido narrado, se ha revelado en plenitud en la persona de Jesús Mesías, tal como recuerda también el autor de la Carta a los Hebreos: «*Dios, tras haber hablado antiguamente muchas veces y de muchas maneras a nuestros padres por medio de los profetas, en estos últimos últimos nos ha hablado por medio del Hijo, que él ha constituido heredero de todas las cosas, y por medio del cual ha creado el universo*» (Heb 1,1).

El mensaje del Apocalipsis, entendido como el alfa y la omega de la revelación, engarza con el Génesis para hacer una relectura del mismo y explicarlo desde una nueva óptica: no ya desde el punto de vista de un paraíso irremediabilmente perdido, sino como profecía de tiempos nuevos, en los que el proyecto de la creación será finalmente realizado en Cristo. La relectura y «reescritura» del relato de la creación abre ante el creyente, en el mensaje del Apocalipsis, un horizonte de esperanza, sabedores de que toda la historia humana está orientada conforme al proyecto divino de salvación. El autor del Apocalipsis invita a la comunidad a testimoniar la máxima confianza en Dios, y lo hace presentando al término de su obra la visión consoladora de cielos nuevos y tierra nueva (cfr. Ap 21,1).

Esta nueva creación encuentra su origen no en una simple palabra pronunciada por Dios en el alba de los tiempos («Dijo Dios...»), sino en una palabra-evento mediante la cual todo el universo recibe su equilibrio y armonía. No se trata solo de un decir, sino de un actuar de Dios, una acción capaz de comunicar en la creación toda su fuerza vital. El autor del Apocalipsis recuerda este quehacer cuando, aludiendo al profeta Isaías, afirma respecto a Dios: «**He aquí que hago nuevas todas las cosas**» (Ap 21,5, cfr. Is 43,19). La comunidad se confronta, por consiguiente, con una palabra que siempre lleva consigo novedades, una palabra viva que necesita nuevas formulaciones en sintonía con las necesidades que emergen en la historia y en la vida de los creyentes.

La palabra creadora ha engendrado en María una humanidad nueva, el Hijo nacido de ella es «el Principio y el Fin» (Ap 22,13; cfr. Gen 1,1; Jn 1,1; Ap 3,14; 21,6), porque en Jesús lo divino se ha fusionado con lo humano, y estas dos realidades, desde siempre contrapuestas, no pueden ser ya separadas. María es el primer testigo de este acontecimiento. El autor del Apocalipsis retoma en su obra el mismo testimonio que María dio con su vida, es decir, él quiere hacer comprender que Dios no es ya una realidad inaccesible al hombre, sino que Dios se encuentra presente en el ser humano, y cuanto más se crece en humanidad más viable resulta encontrar y experimentar al «Dios con nosotros» (cfr. Ap 21,3). Esto explica por qué en el Apocalipsis son muy importantes las referencias al Génesis: se trata de hacer comprender al lector y a los oyentes cómo contemplar la visión de una creación totalmente renovada. Por eso, las alusiones al relato de la creación son evidentes al inicio y al final del Apocalipsis, como huella que ha de guiar la comprensión de la Revelación de Jesucristo. El autor del libro habla del «árbol de la vida», imagen fundamental para captar el sentido de la narración de Gen 2- 3, y lo hace en la primera parte de la su obra y al final de la misma (cfr. Ap 2,7; 22,2.14.19). El significado del árbol de la vida, además de las indicaciones que el Génesis proporciona, adquiere en el Apocalipsis su exacto valor a la luz de Zac 10,12, texto al que alude el autor en el prólogo de la obra («**lo verán todos, aun los que lo traspasaron**», Ap 1,7). La referencia es al hombre Jesús, clavado en la cruz y traspasado en la carne y, de este modo, el autor del Apocalipsis prepara al lector para identificar el árbol de la vida con el patíbulo. Para los creyentes, la cruz es el único árbol de la vida, ya que desde ese madero se cumple el proyecto de Dios sobre la humanidad, y su fruto, o sea, el amor ilimitado que Dios ofrece, constituye su manifestación plena.

Precisamente con la imagen del árbol de la vida el autor del Apocalipsis cierra la primera de las siete cartas que escribe, la enviada a la iglesia de Éfeso: «*Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que*

está en el paraíso de Dios» (Ap 2,7). Se trata del don que Cristo concede a los fieles de esa comunidad, la cual ha mantenido su fidelidad al Señor, acogiendo la invitación a la conversión. Las palabras que el Señor dirige a la iglesia de Éfeso no proyectan hacia el futuro, tienen que ver con el presente (*«al que vence»*), y conllevan la promesa de un don completamente gratuito (*«le daré a comer»*). Este don evoca de forma explícita el Libro del Génesis (cfr. Gen 2,9; 3,22-24), donde el árbol de la vida es imagen de aquella realidad de plenitud a la que el hombre ha de aspirar. El autor precisa que el árbol se encuentra en el *«paraíso³ de Dios»*, lugar acogedor donde se puede alcanzar el mismo deleite divino. Las Escrituras se abren y se cierran con la imagen del jardín, el proyecto de plenitud de vida que halla su realización y cumplimiento en la humanidad nueva inaugurada por Cristo. Mediante la referencia al *«paraíso de Dios»*, el Apocalipsis señala que la palabra de Dios no es una doctrina que aprender y fijar en la mente, sino una realidad vital que es preciso sentir y asimilar mediante los sentidos humanos, como recuerda el jardín, espacio de vida.

Acceder al jardín para comer los frutos del árbol de la vida no depende de los méritos o esfuerzos del hombre, es un don que el Señor regala a todo aquél que acoge su amor, para que pueda experimentar la plena comunión con Dios. Sobre la humanidad no pesa ya la prohibición de Gen 3,22: *«cuidado, ahora no vaya a extender su mano y tomar también del árbol de la vida, y coma y viva para siempre»*. Aquello que antes no estaba autorizado, se presenta ahora como una invitación; incorporándose a Jesús, se participa en ese proyecto de salvación que garantiza a los seres humanos su plena realización; se entra en el corazón de la palabra creadora cuando se acoge la propuesta del Padre de ser morada de su amor.

Al igual que María en su condición de madre de Jesús, supo convertirse en la perfecta discípula de Cristo, de ese mismo modo la comunidad de los creyentes está llamada a dar testimonio de la misma fe en aquél que en su carne ha revelado la imagen de Dios.

En la visión final del Apocalipsis (cfr. Ap 21,1-7), el designio de Dios alcanza su culmen y su palabra confirma la decisión de su voluntad:

*«Esta es la morada de Dios con los hombres;
él habitará con ellos, ellos serán sus pueblos
y Dios mismo estará con ellos.
El secará las lágrimas de sus ojos
y no habrá más muerte, ni luto,
ni llanto, ni pena,*

³ El término griego *paradeiso* es de origen persa, ajeno al texto hebreo del Génesis que habla de *gan Eden* = “jardín del placer” (Gen 2,8.9.10.15.16). En el Nuevo Testamento aparece solo tres veces: Lc 23,43; 2Cor 12,4 y Ap 2,7.

porque todo lo de antes pasó» (Ap 21,3-4)

La máxima aspiración de los hombres, la felicidad, coincide con la voluntad del Padre: que el ser humano sea plenamente feliz. Voluntad que se manifiesta en la acción creadora que pretende eliminar toda causa de sufrimiento en la humanidad, desde las lágrimas hasta la muerte. En María, este querer divino ha hallado plena realización, porque ella experimentó en su propia carne la presencia de un Dios que ha querido hacerse uno con la humanidad.

Ricardo Pérez Márquez
Centro de Estudios Bíblicos “G.Vannucci”
Montefano (Mc)